

JOSÉ AGUSTÍN DE LA PUENTE: EL MAESTRO Y SUS ESPACIOS. HOMENAJE EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO¹

*Jorge Wiese Rebagliati*²

Señor Rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Dr. Carlos Garatea Grau;

Señor Director del Instituto Riva-Agüero, Dr. Jorge Lossio Chávez;

Señora Dra. Teresa Vergara Ormeño;

Sra. Mag. Leticia Quiñones Tinoco;

Señor Dr. José de la Puente Brunke;

Señoras y señores:

Salvo los méritos del cariño y la amistad, no encuentro otros míos para compartir esta mesa con las distinguidas personalidades que se sientan conmigo. Fui alumno del Dr. De la Puente, si no me falla la memoria, en el segundo semestre de 1972, pero eso resulta, en realidad, poco pergamino para considerarme su discípulo, como sí pueden serlo, legítima y plenamente, Teresa Vergara y Leticia Quiñones, o Jorge Lossio, o quizás Carlos Garatea o –sin duda, y en una magnitud privilegiada– su hijo José.

Sin embargo, cumpliré con el testimonio que me han solicitado. Y es que el pedido me ha obligado a reflexionar nuevamente en lo que es ser un maestro, y en los espacios que compartimos el Dr. De la Puente y yo, señaladamente la Universidad de mis primeros dos años en la Plaza Francia y el Instituto Riva-Agüero. Les pido que excusen el sesgo personal que teñirá lo que sigue. Es inevitable si se trata de un testimonio.

Como todos los alumnos de don José Agustín, disfrutaba del pausado tono de barítono con que modulaba historias claras y precisas. Sabía describir vivaz y sobriamente el drama mental y anímico de los criollos de la Independencia, desgarrados entre la “ignota corriente del porvenir” y “el abrazo a la madre anciana e invadida”, como lo expresaba

¹ Discurso leído en el Centro Cultural de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en el acto de presentación del libro *Memorias de Orbea. Infancia y juventud desde una hacienda limeña (1922-1947)*, miércoles 7 de septiembre de 2022.

² Universidad del Pacífico.

su maestro Riva-Agüero.³ Se animaba con el énfasis o con la anécdota, siempre pertinente e ilustrativa. No rehuía la polémica, pero la acotaba, de manera que se volvía un diálogo ilustrado entre dos personas que aprendían mutuamente, lejos de la sentencia magistral o de la grito destemplada. A pesar de apreciar la contundencia de su autoridad, su interlocutor se sentía siempre a la altura del maestro. Su gentileza era proverbial. María Gracia Martínez repetía cada vez que se presentaba la oportunidad cómo, con discreción exquisita, el Dr. De la Puente le había ofrecido un caramelo de menta mientras ella sufría un acceso de tos en medio de la clase.

Fue, sin embargo, en el Riva-Agüero (como solía decir Pedro Benvenuto, amigo entrañable) donde el magisterio del Dr. De la Puente se me manifestó más evidentemente.

No puedo cuantificar, en realidad, todo lo que aprendí en el Instituto Riva- Agüero. Como alumno, como funcionario (trabajé en él desde 1974), como persona. De 1972 a 1987, viví una historia de formación (un verdadero *Bildungsroman*). Fui al Instituto invitado por Carlos Gatti, con varios queridos compañeros (María Gracia Martínez, Alonso Cueto, Rosa Samamé y varios más) para integrarme a las labores del área de Lengua y Literatura, heredera del antiguo seminario de Filología, fundado por Luis Jaime Cisneros. En ella, Carlos nos enseñó disciplinas instrumentales, como Fonética, Fonología, Gramática y Métrica, pero sobre todo, con él aprendimos a investigar, a focalizarnos en un tema, a encontrar el nuestro, a agotar toda la bibliografía sobre él, o por lo menos la pertinente. Nos reuníamos alrededor de la gran mesa de la Sala de Seminarios, con libros, apuntes y fichas (sí, fichas) y exponíamos nuestros avances. El seminario se centró en la obra del poeta español de la Generación española del 27 Pedro Salinas. Diez años después, en 1983, defendí mi tesis de bachillerato (sí, se hacía tesis para obtener el bachillerato) sobre *El Contemplado*, uno de los últimos poemarios de Salinas.

Aprendí mucho más en el Instituto. Gracias a Carlos, que era el Secretario, y al Dr. De la Puente, que era el Director (y luego, a quien le

³ Riva-Agüero 2022: 344.

siguió en la Dirección, el padre Armando Nieto), aprendí a gestionar, a organizar, y también a enseñar.

El Instituto Riva-Agüero se define como “Escuela de Altos Estudios”. Y, en efecto, cumple con creces esta definición: el prestigioso *Boletín* (ahora es la Revista), sus magníficos archivo y biblioteca (seguramente, con la Biblioteca del Club Nacional, los repositorios privados más importantes del país), a los que luego se agregaron sus museos, testimonian su alto grado de excelencia. Pero era mucho más: era el lugar de formación de los futuros investigadores y profesores de Humanidades de la Universidad Católica. Y ello por fidelidad a su propósito fundacional, que ejecutaron con solvencia y perseverancia primero Víctor Andrés Belaunde; luego José Agustín de la Puente y los directores y directoras que los siguieron.

He podido calibrar el privilegio de haber podido “vivir” el Instituto luego, cuando me topé, más tarde en mi vida, con la experiencia de visitar universidades más grandes, campus más dilatados, ciudades universitarias. Un currículo fijo como el que teníamos en Estudios Generales y luego en Letras (a pesar de los eventuales cursos electivos) no permitía mucho el libre juego de intereses propios y oferta universitaria. Por eso, siento que los que gozamos del privilegio de formarnos en el Instituto pudimos acercarnos al ideal universitario más puro. Podíamos hacer las cosas más insólitas y variadas, como participar en un seminario sobre san Ireneo de Lyon dirigido por un maestro en Patrística como Mons. Óscar Alzamora Revoredo, o ver y comentar una joya del cine mudo, como *La pasión de Juana de Arco* de Dreyer o escuchar hablar a Pepe Chichizola sobre la sillería de la catedral de Lima. Los espacios, como siempre, son fundamentales: las conferencias magistrales (pude escuchar las de Julián Marías y Jorge Basadre, entre otros intelectuales), grandes, masivas, en la amplia sala que se abría al primer patio (central, recogido, y a la vez abierto al cielo); el trabajo con libros y con fichas, el diálogo, las preguntas, las exposiciones, en la Sala de Seminarios, alrededor de la enorme mesa de trabajo; las lecturas se hacían en la sala de la Biblioteca y en la Sala España; la antigua sala de la dirección se reservaba para reuniones de seminario más chicas. El segundo patio era el lugar de la tertulia. Allí Alonso Cueto o María Gracia Martínez o yo

podíamos conversar sin tema fijo con Carlos Gatti, con el Dr. De la Puente (para quien, con seguridad, el diálogo informal en el patio era otra forma de la tertulia amical a la que estaba acostumbrado en su casa, en Orbea, según el testimonio recogido en *Memorias de Orbea*, el magnífico libro de memorias recientemente publicado por sus hijos);⁴ con Armando Nieto, con Margarita Guerra. O con los investigadores más jóvenes: Ricardo González Vigil, Manuel Migone y César Gutiérrez. Con Carlos, por poner un ejemplo de muchos, se hablaba de Schumann, Ravel y Machado. Y de Fellini, Visconti y Zurlini. Ricardo González y Manuel Migone, al mejor estilo escolástico, creaban jerarquías y discutían acerca de las excelencias de Proust o de Joyce. Y también de los Beatles y John Bonham, el baterista de Led Zeppelin. Chombo vivía fascinado por los papeles antiguos y me contagió su entusiasmo: llevé con él luego, como electivo, Paleografía Hispanoamericana y aprendí a aplicar con rigor las técnicas de su maestro, el profesor Aurelio Tanodi, técnicas que me siguen sirviendo, pues continuamos trabajando, con Ivonne Macazana y Enrique Urtega, alumnos a su vez de Ada Arrieta, discípula de César Gutiérrez, con las libretas de viaje de Riva-Agüero, el origen de su libro *Paisajes peruanos*.

No puedo imaginarme mis años de Universidad, sobre todo los primeros, sin los desplazamientos de la Plaza Francia a Riva-Agüero o viceversa, sin las conversaciones con mis compañeros y compañeras y sin ese fecundísimo diálogo informal que creaba ilusiones de poder acceder a lecturas, películas y piezas musicales. Y sobre todo, a admirar y emular. Los que enseñamos somos siempre alumnos de quienes nos enseñaron, y no solo por sus clases. Como dice George Steiner en *Errata*, su libro de memorias:

Una universidad digna es sencillamente aquella que propicia el contacto personal del estudiante con el aura y la amenaza de lo sobresaliente. Estrictamente hablando, esto es cuestión de proximidad, de ver y escuchar. La institución, sobre todo si está consagrada a la enseñanza de las humanidades, no debe ser demasiado grande. El académico, el profesor, deberían ser perfectamente visibles. Cruzarse a diario en nuestro camino. La consecuencia, como

⁴ Puente Candamo 2022.

en la *polis* de Pericles, en la Bolonia medieval o en la Tubinga decimonónica, es un proceso de contaminación implosiva y acumulativa. El conjunto es activado como tal, con independencia de sus partes principales. En virtud de esta contigüidad, el estudiante, el joven investigador, quedará (o debería quedar) infectado. Percibirá el perfume de lo real.⁵

Creo que en esa dimensión –casi osmótica– es que debo agradecer la enseñanza del Dr. De la Puente. Siempre dispuesto a dar su tiempo, tanto al alumno de Estudios Generales Letras o de Facultad como al profesor de colegio (me consta el enorme esfuerzo del Dr. De la Puente, de Margarita Guerra, de Armando Nieto, de César Gutiérrez, de Raúl Palacios, de Inés del Águila, de Oswaldo Holguín, de Percy Cayo, de Humberto Leceta y de tantos amigos y colegas historiadores por difundir contenidos serios y accesibles a los profesores de colegio). Siempre correcto. Siempre gentil. No eran tiempos fáciles, como no lo son los actuales. Sin embargo, el Dr. De la Puente parecía seguir a san Agustín cuando el santo de Hipona dice: “Vivamos bien, y los tiempos serán buenos. Los tiempos somos nosotros.”⁶ Don José Agustín era también profesor de optimismo y de buen ánimo. Y era así porque su *pietas* (su sentido del deber, su sentimiento de amor debido a vivos y muertos –su amplio sentido de patria, que abarca a la familia, a la nación y a Dios)– se manifestaba en todos sus actos. Y ello, cristianamente, lo obligaba a la esperanza. También, creyente en un Perú de larga duración, no se resignaba a reducir su patria a la medianía (o a la menos que medianía) circundante, sino que se permitía recordar a sus mejores hijos y a sus más generosas tradiciones, entre ellas, la tradición docente, la cadena discipular, de la propia universidad.

Quisiera terminar con una cita de Dante. Es sobre la importancia de tener un maestro para no ser vil. La extraigo de su obra filosófica, el *Convivio* o el *Convite*. Es casi una parábola:

Hay una llanura con ciertos senderos: un campo con vallados, fosos, piedras, ramajes, en donde casi todo es impedimento, fuera de sus estrechos senderos. Ha nevado y la nieve todo lo cubre,

⁵ Steiner 1999: 62-63.

⁶ San Agustín 1983: 451.

dándoles a las cosas un mismo aspecto, de modo tal que no se puede ver vestigio de sendero alguno. Alguien viene de una parte del campo y quiere ir a una casa que se encuentra en la otra parte; y por su industria, es decir, por su sagacidad y buen ingenio, guiándose a sí mismo, va por el recto camino allí donde desea, dejando detrás de sí las huellas de sus pasos. Otro viene después de él, que también quiere ir a esa casa, y para el cual solo es necesario seguir las huellas dejadas por el primero; y, por su propio defecto, el camino que otro ha sabido seguir sin ninguna guía, este último, aunque guiado, yerra y se desvía a través de las dificultades y las ruinas, y no llega a la parte donde debe ir. ¿Cuál de ellos debe ser llamado hombre de valor? Respondo: aquel que anduvo primero. Y el otro, ¿cómo será llamado? Respondo: vilísimo. ¿Por qué no se llama sin valor, es decir, vil? Respondo: porque sin valor, es decir, vil, habría que llamar a aquel que, no teniendo ninguna guía, no hubiese encontrado el camino; pero como este la tuvo, su error y su defecto no puede aumentar más, y por eso se lo debe llamar no vil, sino vilísimo.⁷

En realidad, si no se vive para afuera, para lo que está de moda hoy y que desaparecerá mañana, uno siempre regresa a los temas, a las inquietudes que le surgieron cuando se las suscitó su maestro. Me ha pasado –me sigue pasando porque no he dejado de aprender de él– con lo que me enseñó Carlos Gatti a partir del curso de Introducción a la Literatura de 1972.

Ocultos como aguas subterráneas, salen a la superficie, a veces, en hontanares y en puquios. En 1998, poco más de diez años después de haber dejado de trabajar en el Instituto, empecé a estudiar *Paisajes peruanos*, el soberbio libro de viajes de Riva-Agüero. No he dejado de regresar a él desde ese año. Gracias a los generosos esfuerzos conjuntos del Proyecto Estudios Indianos, la Pontificia Universidad Católica del Perú, la Universidad de Navarra y la Universidad del Pacífico, acaba de aparecer en Madrid, en 2022, publicada por Iberoamericana-Vervuert, mi edición de ese gran texto. Está dedicada a la memoria de Pedro Benvenuto, Armando Nieto y José Agustín de la Puente. Quiero pensar que, secretamente, les devuelvo parte de lo que me dieron y que, allá en su cielo, el

⁷ Alighieri 2007: IV, VII, 6, 14.

Dr. De la Puente hojeará sus páginas con benevolencia y –espero– sonreirá con satisfacción.

Bibliografía

- Alighieri, Dante. 2007. *Convivio*. Trad. de Mariano Pérez Carrasco. Buenos Aires: Colihue.
- Puente Candamo, José Agustín de la. 2022. *Memorias de Orbea. Infancia y juventud desde una hacienda limeña (1922-1947)*. Editado por José de la Puente Brunke, Lorenzo de la Puente Brunke y Manuel de la Puente Brunke. Lima: Orbea Ediciones.
- Riva-Agüero, José de la. 2022. *Paisajes peruanos*. Editado por Jorge Wiese Rebagliati. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- San Agustín. 1983. *Obras completas de san Agustín, X: Sermones, II: Sermones sobre los Evangelios sinópticos, Sermón LXXX*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Steiner, George. 1999. *Errata*. Madrid: Editorial Siruela.